

JOYAS DEL ARTE CRISTIANO

UN "ZURBARAN" DESCONOCIDO

La loable afición a las artes bellas en la mayor parte de los grandes señores de nuestro siglo, viene convirtiendo en riquísimos museos los salones y galerías de sus moradas, asilo do se salvan de seguro naufragio bellezas peregrinas, y en donde el estudioso e inteligente en la materia, encuentra materiales valiosísimos para la historia y la crítica del arte.

Nuestra Ciudad bendita, cuna fecunda de inspirados artistas, es también, por fortuna, quizás la primera en proporción, entre todas las otras, en estas colecciones particulares, que muestran muy al vivo el sentimiento artístico del alma sevillana.

En una de estas interesantes colecciones, la de nuestro muy buen amigo el Sr. Conde de Ibarra, no muy numerosa, pero de obras escogidas, luce su peregrina hermosura la obra que intentamos reseñar, hasta ahora desconocida, y que servirá en adelante para añadir nuevos laureles a la corona que ciñe la frente del inmortal Pintor extremeño.

El cuadro, pintado en lienzo, de dos metro de altura, por uno y medio de ancho, representa el entierro de la gloriosa virgen y mártir de Alejandría, Santa Catalina, la patrona de los filósofos; instruída la esclarecida virgen en las letras sagradas y profanas y dotada de soberano ingenio, no sólo supo alentar con sus exhortaciones a los cristianos de su tiempo para que, intrépidos, confesasen la fe ante sus verdugos, sino que Ella misma, superando la debilidad de su sexo, al conocer el cruel edicto de Maximino, él colega en el imperio

de Constantino el grande y de Licinio, presentóse resuelta ante el tirano, acusándolo de idólatra y obstinado.

No supo Maximino desbaratar las razones y argumentos de la docta Filósofa; y así convocó en consejo a los cincuenta sabios más afamados de Alejandría, gentiles como él, cuyas falacias pulverizó en un punto Catalina, trayéndolos a todos, excepto Maximino, a la luz de la verdad cristiana, que confesaron generosos, sellándola con su sangre en el martirio.

Irritado el cruel emperador agotó en el cuerpo delicado de la Virgen alejandrina la fiereza de los verdugos y la violencia de los tormentos: azotes, garfios, ruedas armadas de aceradas puntas, surcaron sus carnes virginales: la espada consumó el holocausto, separando del tronco, su cabeza: los Angeles, que admirados presenciaron el triunfo de la Virgen, llevaron su cuerpo al sepulcro preparado por el Señor, en la cima del monte Sináí.

Este es el momento elegido por Zurbarán para trasportarlo a su cuadro: tres ángeles mancebos que en rico paño de seda han conducido al monte santo en que dió Jehová su ley a Moisés, el cuerpo de la Santa de Alejandría, hacen además de colocarlo en el preparado sepulcro, junto al que están los instrumentos del martirio: la rueda con puntas y la espada que cercenó la cabeza de la esforzada Virgen.

Bello, sobre toda ponderación es este lienzo, de la época mejor de gran artista, discípulo del clásico Roelas, amigo y compañero del insigne Velázquez, y a quien todos justamente llaman el *Caravaggio español*, por la fuerza admirable de su claro-oscuro; viste la Santa Mártir, roja túnica de tonos apagados, abierta por el cuello en el que se descubre la honda herida, que puso fin al glorioso certamen de su vida; los brazos, cruzados sobre el pecho, terminan en manos preciosísimas, que es Zurbarán, en inspirada frase del eminente crítico don Elías Tormo: «el artista de las manos delicadas y parlernas»; pintándose en la tranquila faz de la doncella Mártir un alto misticismo que como ningún pintor supo poner este Maestro en sus obras inmortales.

También mejor que todos supo Zurbarán pintar las telas, dándoles *la calidad* del tejido que imitaba; así parece seda el sudario muy rico y de color violado en que los Angeles trasportan el cuerpo de la Santa; y en acertada combinación con estos tonos, pintólos el Maestro, de roja sobreveste al que sustenta el tronco de la Virgen, de verde al que ocupa el centro de la obra, y de amarillo, en fin, al que la eleva por la parte inferior, siendo dignas de estudio las cabezas, de lo más esmerado de su diestro pincel; cubiertas de finísimos



ENTIERRO DE SANTA CATALINA, V. y M.
FRANCISCO DE ZURBARÁN.